tan imponente como en los dias de su grandeza; su mirada es tan magestuosa.—¡Mira que orgullosa! dicen las furias de la audiencia. Y no obstante, María Antonieta lleva por único adorno un sencillo vestido negro, gastado, medio podrido por la humedad de la cárcel. Su cofia de linon, sin guarniciones, deja escapar una mecha de sus cabellos emblanquecidos; en el cuello lleva un pañuelo de muselina blanco. El azul de sus ojos es frio, el párpado rojo, la nariz se ha descarnado y parece haberse alargado la ternilla; la boca está descolorida; la cara pálida é inmóvil; pero una gran magestad ilumina aun estos restos de una reina. La figura imaginada por Pablo Delaroche para representar á María Antonieta yendo al tribunal revolucionario es pesada, infartada, mazorril, no revela los largos tormentos sufridos por la cautiva; no tiene nada de la grandeza combatida de la real mártir.

Preside *Hermann*. Ocho jueces componen con él el tribunal: *Foucault*, *Sellier*, *Coffinhal*, *Deliege*, *Ragmey*, *Maire*, *Denizot*, *Masson*; detrás de *Fouquier Tinville* se nota á *Vadier*, *Aman*, *Vouland*, *Moysé Bayle*.

Hánse elegido escrupulosamente los jurados entre los patriotas jacobinos, advirtiéndose entre ellos á un peluquero y á un corchete.

A las preguntas del presidente, declara la acusada llamarse «María Antonieta de Lorena, de Austria, de edad de cerca de treinta y ocho años, viuda del rey de Francia, natural de Viena, hallándose cuando fue arrestada en el sitio de la Asamblea nacional.»

Entre las infinitas preguntas con que se abrumó á esta infeliz mujer, durante tres dias escogemos las siguientes.

P. ¿Tuvísteis noticia del proyecto del conde de Artois para hacer volar la sala de la Asamblea nacional? Habiendo parecido demasiado violento este plan; ¿no se le empeñó á marcharse á viajar, temiendo que perjudicase con su presencia y aturdimiento al proyecto que se habia concebido de disimular hasta el momento favorable, las miras pérfidas que se le suponian?

R. Jamás he oido hablar de que mi hermano d'Artois haya tenido el designio de que hablais: partió á viajar por su sola voluntad.

P. ¿En qué época empleásteis las cantidades inmensas que se os entregaron por los diferentes recaudadores de hacienda?

R. Nunca se me entregaron sumas inmensas: las que recibí, las empleé en pagar á las gentes que me eran adictas.

P. ¿No dísteis dinero para hacer beber á los suizos en el mes de agosto de 1792?

R. No.

P. ¿No dijísteis al salir á un oficial suizo: «Bebe, amigo mio, á tí me recomiendo.»

R. No.

P. ¿Dónde pasásteis la noche del 9 al 10 de agosto?

R. La pasé con mi hermana (Mad. Isabel) en su cuarto y no nos acostamos.

P. ¿Por qué no os acostásteis?

R. Porque oimos tocar á media noche la campana de alarma por todas partes y se nos anunció que íbamos á ser atacados.

P. ¿No se reunieron en vuestro aposento varios nobles y oficiales suizos que estaban en el palacio, y no se decidió en esta reunion hacer fuego al pueblo?

R. Nadie entró á mi aposento.

P. ¿No tuvísteis una conversacion con d'Affrey, en la cual le interpelásteis para que se esplicara sobre si se podia contar con los suizos para hacer fuego al pueblo, y á la respuesta negativa que os dió, no empleásteis sucesivamente ruegos y amenazas?

R. No creo haber visto á d'Affrey en tal dia.

P. ¿No visitásteis los tres cuerpos armados que se hallaban en Versalles?

R. Nada tengo que contestar sobre esto.

Por lo espuesto se ve, que la reina se justifica con paciencia y sencillez. Si calla, es cuando su palabra puede comprometer á algun adicto. Apela tambien al silencio cuando la acusacion es demasiado absurda ó cuando podria su respuesta dar una arma á sus jueces inícuos, apresurados á justificarse ellos mismos.

Hermann vuelve sobre el asunto del collar y censura á la reina por negar sus relaciones con la mujer la Motte.

—«Mi plan, responde María Antonieta, no es la negacion; es la verdad que ya he dicho y que persistiré en decir.»

Algunas veces contesta la reina menos al tribunal que al país entero. Si se le censura sus prodigalidades, sus locos gastos del pequeño Trianon por ejemplo, dice:—Es imposible que el pequeño Trianon haya costado inmensas sumas (1) tal vez mas de lo que yo hubiera deseado; entróse en gastos poco á poco; por lo demás, deseo mas que nadie que se sepa lo que hay sobre esto.

Entre los testigos que se oyeron, algunos fueron favorables á la acusada, llevándole la valerosa ofrenda de su palabra, fiel, sincera, ó por lo menos, de su silencio. María Antonieta temia, segun se dijo, la declaracion de *Manuel*, este procurador general de la república del 10 de agosto, este hombre que escribia insolentemente á Luis XVI: «Señor, yo no amo á los reyes»; este hombre que en su carta *á la reina* habia condensado todas las injusticias, todas las calumnias imaginadas contra el Austria. Pero este hombre habia sido vencido por el magestuoso dolor de la encarcelada del Temple, y él mismo era ya sospechoso á los jacobinos, designándole su moderacion para la guillotina. Asi, pues, compareció mas bien como un acusado que como un testigo, y se negó á justificar la acusacion dirigida contra la reina. El presidente le prodigó mil ultrajes y le anunció con bastante claridad la muerte que sufrió un mes mas tarde. *Manuel* no hizo caso de estas amenazas, y se le vió en la Conserjería abandonándose al dolor que le causaba la suerte de la ilustre cautiva.

Carlos-Enrique, ex-conde de Estaing, en otro tiempo enemigo de la reina, como Manuel, solícito de

(1) Soulavie confiesa en sus *Memorias históricas y políticas* que el gasto en 1788 no escedia de 72,000 libras.

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación